



Piedad popular y conversión pastoral de la iglesia

Frei Carlos Raimundo Rockenbach – OFMcap.*

Sumario

Esta reflexión se propone presentar la piedad popular como un elemento importante en el camino de la conversión pastoral de la Iglesia. Habla de la identidad y de las manifestaciones de dicha piedad popular, para entrar de lleno a exponer las grandes líneas del Magisterio de la Iglesia, particularmente del latinoamericano, sobre el tema. Concluye clarificando la naturaleza de la conversión pastoral manifestada desde la conversión de la piedad popular y hacia la piedad popular.

Palabras clave: Piedad popular, Magisterio, Conversión pastoral.

Sumário

Esta reflexão se propõe apresentar a piedade popular como um elemento importante no caminho da conversão pastoral da Igreja. Fala da identidade e das manifestações desta piedade popular, para abordar a exposição das grandes linhas do Magistério da

* Secretario Ejecutivo del Departamento de Misión y Espiritualidad - CELAM. E-mail: mision_esp@celam.org



Igreja, particularmente do latino-americano, sobre o tema. Conclui esclarecendo a natureza da conversão pastoral manifestada a partir da conversão da piedade popular e para a piedade popular.

Palavras chave: Piedade popular, Magistério, Conversão pastoral.

Introducción

En la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, en Aparecida del Norte – Brasil, el Santo Padre destacó la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos y la presentó como “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina”¹. Invitó a promoverla y a protegerla. Esta manera de expresar la fe, está presente de diversas formas en todos los sectores sociales, en una multitud que merece nuestro respeto y cariño, porque su piedad “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”². La “religión del pueblo latinoamericano es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”³, profundamente inculturado, que contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana (DA 258).

Este es, seguramente, el texto del magisterio eclesial que de forma más positiva presenta esta realidad que identifica la vida, el alma, la fe del pueblo latinoamericano y caribeño, la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo, campo indispensable para la misión continental permanente y un camino para vivir el proceso de conversión personal, comunitaria y pastoral. Sin embargo, la unanimidad alrededor de esta conciencia y visión positiva de la piedad popular no es tan evidente. El débil conocimiento, los prejuicios, la postura de condenación, el intento de volver al pasado e implantar en América Latina y el Caribe una espiritualidad y una ecclesiológia desde el punto de vista meramente institucional, con un

¹ DI 1.

² EN 48.

³ DP 444.

acento quizá demasiado legalista, que no permite un acercamiento profundo a la cultura popular, se hace notar fuertemente.

Para no correr el riesgo de oponernos a la acción del Espíritu, conviene un acercamiento, una inserción en esta profunda realidad, para ver, escuchar, sentir con los pobres y sencillos, y con ellos conocer y hacer esta experiencia de vida y de fe, como una sola Iglesia, pero con una infinidad de expresiones y manifestaciones del Espíritu, adecuar nuestra vida al plan y proyecto de Dios: su Reino.

En la Encíclica “*Evangelii Nuntiandi*”, nº 48, Pablo VI prefiere llamar *piEDAD popular* a todo lo que identifica la religiosidad popular cristiana, porque el Papa descubría en ella los siguientes valores: sed de Dios propia de los pobres y sencillos; generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; hondo sentido de los atributos de Dios (paternidad, providencia, presencia amorosa y constante); actitudes interiores (paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción). En nuestra reflexión, también priorizaremos el término *piEDAD popular*.

¿Qué es la piEDAD popular?

Se constata que hay una profunda ambigüedad en la terminología usada en lo que se refiere a la *religiosidad* y *piEDAD popular*. El término *piEDAD popular* expresa más el modo en que el pueblo se manifiesta en el campo religioso, en la Liturgia y en otras expresiones religiosas. Tradicionalmente, expresa la manifestación religiosa del pueblo, considerada paralela a la Liturgia. De ahí, viene la expresión utilizada por el Concilio, *pia exercitia*, significando los piadosos ejercicios o los ejercicios de piEDAD no considerados litúrgicos⁴.

El término *piEDAD*, en su sentido original, tomado de la palabra latina “*pietas*”, “*pias*”, significa la actitud fundamental del padre hacia al hijo y del hijo hacia al padre. Tiene, por tanto, una dimensión de experiencia religiosa en la relación filial del ser humano con Dios⁵. “*Pietas*” es un término que en el latín cristiano significa “amor

⁴ Cf. BECKHÄUSER, Frei Alberto, OFM, *Religiosidade e Piedade Popular, Santuários e Romarias – Desafios Litúrgicos e Pastorais*. Ed. Vozes, Petrópolis, 2007, p. 81.

⁵ Cf. BECKHÄUSER, Op. cit. p.81.

cordial”, amor intenso del corazón, amor y capacidad de manifestar el amor. Está fuertemente vinculado al lenguaje bíblico y relacionado semánticamente con *amor* y *caritas*. A partir de una visión diacrónica, el término adquirió a través del tiempo unas connotaciones o unas implicaciones que resultan casi negativas o peyorativas desde nuestra manera de pensar como teólogos o pastores de la Iglesia. La “piedad” como sinónimo de un cristianismo poco formado y con sus manifestaciones concretas tanto culturales y culturales, con todo lo que tiene de positividad, pero también con sus defectos propios, con sus valores y ambigüedades. Sin embargo, en su origen el término “*pietas*” tiene una significación teológica-espiritual muy densa, es un término pneumatológico. La “*pietas*” es un don del Espíritu Santo y es una manifestación del Espíritu en nosotros⁶.

“La *pietas* es un deseo de Dios suscitado por el don del Espíritu Santo. Y el Espíritu siempre quiere glorificar al Señor, el Espíritu siempre introduce a los hombres, a manera de pedagogo y mistagogo, en el Misterio de la Pascua del Señor, como plenitud de la forma trinitaria. Creo que hay que distinguir, en el tema que nos ocupa, lo que es la “piedad”, de lo que es la expresión de la piedad, los llamados *exercitia pia*”. La piedad es mucho más grande que los llamados ejercicios piadosos. Es la capacidad del pueblo de Dios de envolver y de penetrar con gran amor en el Misterio cristiano y vivenciarlo con una participación del corazón. Sin lugar a duda, pertenece y expresa el sustrato más interior del *anima christiana* de los pueblos”⁷.

En el Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, “el término «piedad popular», designa las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la Sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas de un pueblo o de una etnia y de su cultura”⁸.

⁶ Cf. ABELLÀ, Rafael Serra, *Piedad Popular, Liturgia, Vida Cristiana – Reflexiones a partir del “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia”*. Cuadernos PHASE, n° 134, Barcelona, 2003. P. 33.

⁷ Idem. P. 34.

⁸ Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. *Directorio sobre La Piedad Popular y la Liturgia*. Conferencia Episcopal de Colombia – Departamento de Liturgia. Bogotá 2001. N° 9, p. 25.

El mismo documento distingue y define la palabra «religiosidad popular» como expresión de “una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en toda cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la transcendencia y su concepción de naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual”⁹. O sea, el término *religiosidad popular* tiene un sentido más amplio. Tiene que ver con religión, o sea, con la relación del ser humano con la divinidad. Tiene mucho que ver con la llamada “religión natural”.

¿Cómo se manifiesta la piedad popular?

La piedad popular, es de cierta manera expresión de la religión natural inherente al ser humano, es una manifestación del Espíritu en medio al pueblo. En la historia de la Iglesia, las expresiones populares de la fe, se fueran intensificando, a partir del momento en que el culto de la Iglesia dejó de ser “piedad popular”, la liturgia se fue clericalizando, se fue alejando del pueblo, de su vida, de su comprensión, cuando se quitó del pueblo la posibilidad de vivir plenamente su vocación sacerdotal recibida en el bautismo, a través de la participación activa, consciente y fructuosa de la liturgia¹⁰. La resistencia, la fecunda creatividad, la fina sensibilidad y la rica capacidad expresiva de los distintos pueblos en sus diversos contextos y épocas, produjo entonces esta riqueza de manifestaciones de fe, caminos de encuentro con Dios, misterio indecible que con frecuencia se hace asequible a través de imágenes, gestos y signos.

El documento de Medellín nos dice que se trata de una religiosidad que se manifiesta a través de votos, promesas, peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la primera comunión, recepción que tiene más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana¹¹.

⁹ Idem. nº 10, p. 26.

¹⁰ Cf. SC 14.

¹¹ Md 6.2.



Puebla, a su vez, añade que las manifestaciones de piedad popular son muy diversas, de carácter comunitario e individual, entre ellas se encuentra: el culto a Cristo paciente y muerto, la devoción al Sagrado Corazón, diversas devociones a la Santísima Virgen María, el culto a los santos y a los difuntos, las procesiones, los novenarios, las fiestas patronales, las peregrinaciones a santuarios, los sacramentales, las promesas, etc.¹².

En Puebla, la descripción como elemento positivo de la piedad popular hace relación a las manifestaciones populares de la fe: “la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías, el sentido de la providencia de Dios Padre; Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación, en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; amor a María: Ella y «sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular» (Juan Pablo II, Homilía Zapopan 2 AAS LXXI p. 228) – venerada como María Inmaculada de Dios y de los hombres, como Reina de nuestros distintos países y del continente entero; los santos, como protectores, los difuntos; la conciencia de dignidad personal, fraterna y solidaria, la conciencia de pecado y de necesidad de expiación, la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, gesto, color, danza); la Fe situada en el tiempo (fiestas) y lugares (santuarios y templos), la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la vida personal y social, el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar la pruebas y confesar la fe, el valor de la oración; la aceptación de los demás”¹³.

Aparecida afirma que “entre las expresiones de esta espiritualidad se cuentan: fiestas patronales, las novenas, los rosarios y *via crucis*, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia”. Pero destaca “las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino”. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse

¹² DP 912.

¹³ DP 454.

en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. “La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante produce una viva experiencia espiritual”¹⁴.

Las peregrinaciones constituyen un fenómeno ligado a la propia naturaleza del ser humano. El se siente un ser en camino. Por eso, salir de un lugar para buscar otro, es propio del corazón humano que es un eterno peregrino, un permanente “procurador” de Dios. Es el subconsciente universal que está en búsqueda de una perfección perdida: el paraíso perdido y la esperanza de encontrarlo¹⁵.

En este mundo de deshumanización, de exclusión, los santuarios se tornan un lugar de acogida “de los naufragos de la vida” y, por tanto, lugar bendecido, soñado, amado como un “santuario a cielo abierto”, “ciudad santa”, la Jerusalén celeste aquí en la tierra, la Roma de los pobres¹⁶.

Para el peregrino, el tiempo de la peregrinación al santuario, es el tiempo de Gracia, es el tiempo oportuno, tiempo de la libertad, de gratuidad y de fiesta, es la eternidad prefigurada y pregestación del cielo. El tiempo y el espacio se tornan sacramentos de comunión con Dios. Es tiempo del misterio. Pero es, también, tiempo de poesía. Del mundo de siempre, en un lenguaje nuevo. Mundo nuevo para el cual Dios lo llama. “Lugar sagrado” donde la Buena Nueva adquiere sentido.

¹⁴ DA 259.

¹⁵ Cf. BECKHÄUSER, Fr. Alberto, op. cit. p. 22.

¹⁶ PANICO, Dom Fernando, *A expressão litúrgica da Romária em Juazeiro do Norte – Ceará*. Ponencia hecha en la 20ª Asamblea de la Asociación de los Liturgistas de Brasi – Ouro Preto – MG, 25 a 30 de Enero de 2009.



Además del tiempo, el peregrino transforma, organiza y vive el espacio en dimensiones religiosas, en una “espacialidad mística”, en una gran liturgia. Peregrinación es procura de sentido, reabastecimiento de esperanza para vivir mejor esta realidad. Ante la incompreensión de la Iglesia y la acusación de fanatismo, sincretismo, idolatría, ignorancia, desobediencia, el peregrino desarrolló su creatividad, originalidad y convicción en un arte de vivir, de inventar y reinventar las expresiones de su fe, fortificando así su capacidad de resistencia y su fidelidad al Espíritu que se manifiesta sorprendentemente. La “espacialidad de la peregrinación” se quedó libre de una eventual imposición o proposición clerical para ser creativa de comportamientos, gestos, ritos propios.

La fe del peregrino es táctil: al rezar, hacer promesas, para alabar hace fiesta, para hablar, actuar. La fe del peregrino se expresa por el sentimiento y por la acción cargada de vida y de sentido. Se expresa simbólicamente. Es un lenguaje simbólico que sorprende y encanta: síntesis de fe y vida expresada en poesía, acción del Espíritu en el corazón de los pobres que viven y cantan las maravillas del Señor. Es necesario sentir, oler, percibir la emoción que el objeto trae consigo. Pero el toque no es un simple colocar la mano, el tocar es conocer. En la liturgia peregrina, el toque es camino de mistagogia. La fe y la devoción se expresan con el cuerpo entero. El peregrino quiere ver, palpando; sentir gestualmente. Ama el suelo sagrado como espacio santificado. El camino como pasarela del silencio, entrecortado por la salmodia de repetidas invocaciones a Dios. Esta riqueza de fe vivida, sufrida, cantada y celebrada, puede ser llamada, en lenguaje simbólico, de “liturgia del peregrino”¹⁷.

La peregrinación da voz a los peregrinos. Cantan lo que sienten, sienten lo que cantan, se sienten agentes. La peregrinación es una fiesta. El santuario es una casa iluminada, clara, recibe las lágrimas y el sudor de la vida de los peregrinos y los transforma en compromiso. Los peregrinos viven la totalidad y la entereza de su ser, sin dicotomía entre alma y cuerpo. La afectividad, las emociones, los pensamientos, la memoria están en relación profunda y dialéctica con los sentidos corporales. En la peregrinación están involucrados el cuerpo, el psiquismo, el espíritu, la memoria, los sentidos, los sentimientos, las

¹⁷ Cf. PANICO, Dom Fernando, op. cit.



emociones, el afecto, la razón, la alegría, la esperanza, la tristeza, el amor, la decepción, la angustia, la fe.

“Siendo seres humanos, somos llamados a vivir nuestro cuerpo y todo nuestro ser en su dimensión espiritual. Somos llamados a danzar, escribir, comer y beber, orar y celebrar, no «fuera del cuerpo», sino «en el» cuerpo, dejando que las energías psíquicas y espirituales (el alma!), brotando del cuerpo, nos lleven a expresar y experimentar lo intangible, lo invisible, lo innominable, la presencia escondida del misterio. «Fuera del cuerpo» dejamos de ser gente arriesgamos de no encontrar Aquel que se hizo «cuerpo», se hizo «carne», se hizo «historia», para encontrarse con nosotros y hacernos entrar en el misterio de la comunión” (Cf. Jn 1,14-18; 1Jn 1,1-4)¹⁸.

La peregrinación es acción del pueblo de Dios, Pueblo Sacerdotal, que camina con fe y piedad para un lugar que evoca la presencia de la Gracia de Dios.

La voz del Magisterio Eclesial

La cuestión de la piedad popular entró en la pauta de las preocupaciones del Magisterio de la Iglesia recientemente, a través de la Encíclica *Mediator Dei* de Pío XII, que busca defender los “ejercicios piadosos”, pero no los define.

La *Sacrosanctum Concilium*, a su vez, trató la cuestión de los “ejercicios piadosos” apenas en su relación con la Liturgia, resaltando la primacía de la Liturgia, del Sacrificio de la Misa sobre cualquiera otra expresión religiosa de piedad. En la SC 13, el Concilio recomienda encarecidamente “los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular si se hacen por mandato de la Sede Apostólica”. Insiste que sean organizados “teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan el pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos”.

¹⁸ BUYST, Ione. O segredo da liturgia: mística no corpo. In: *Revista de liturgia*, nº 202, julio/ago 2007. P. 19.



La actitud de valoración positiva de la piedad popular como medio de evangelización por parte de los pastores comenzó primero en Medellín y recibió un serio espaldarazo en “*Evangelii Nuntiandi*” de Pablo VI, que fue el resultado de las aportaciones del Sínodo de 1974 dedicado a la evangelización.

El Vaticano II es el Concilio que abre nuevas perspectivas para la *piedad popular*. Despierta y provoca estudios y reflexiones, fuertemente recomendados a nivel de América Latina por la Conferencia de Medellín (cf. Md 6,10) que expresa la preocupación por “descubrir la secreta presencia de Dios”, en “destello de verdad que ilumina a todos”, la luz del Verbo, presente ya antes de la encarnación o de la predicación apostólica, y hacer fructificar esa simiente. Hasta Medellín, la tendencia era de ver la piedad popular desde una óptica marcadamente negativa. Sin embargo, Medellín advierte que estas manifestaciones no pueden ser juzgadas con una “interpretación cultural occidentalizada” (6,4), y hace una valoración mucho más positiva que cualquiera de las que habían sido debatidas en la Iglesia hasta este momento, diciendo: “Sin romper la caña quebrada y sin extinguir la mecha humeante, la Iglesia acepta con gozo y respeto, purifica e incorpora al orden de la fe, los diversos «elementos religiosos y humanos» que se encuentran ocultos en esa religiosidad como «semillas del Verbo», y que constituyen o pueden constituir una «Preparación evangélica»”(5). La expresión “semillas del Verbo” demuestra que Medellín todavía no considera la religiosidad popular como una fuerza evangelizadora en sí misma, sino como algo para ser evangelizado, purificado y corregido. Al contrario de la visión común de la época, Medellín no ve una contradicción entre religiosidad popular y la lucha por la justicia y por estructuras sociales basadas en los valores del Reino. Medellín subraya el enlace entre la fe popular y la liberación integral de la persona rechazando así esta visión dualista y la idea de que la evangelización debe enfocarse en “élites”, sino volverse a las “masas” incorporando todo lo que expresa este tipo de religiosidad (6,3)¹⁹.

Pablo VI nos indica tres actitudes básicas en el n. 48 de “*Evangelii Nuntiandi*”: sensibilidad hacia la piedad popular; percibir sus dimensio-

¹⁹ Cf. LYDON, Juan J. OSA, *Aparecida y la religiosidad popular cumbre de un desarrollo de reflexión*. Revista de Medellín n° 132 / diciembre 2007, p. 540.



nes interiores y sus valores innegables; ayudarle a superar sus riesgos de desviación. Reconoce que ella tiene muchos valores ya que, “engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esta religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción”.

Con la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, tenemos un cambio paradigmático significativo, pues la piedad popular no es enfocada sólo a partir del ámbito litúrgico, sino también y especialmente, a partir del contexto de la Misión evangelizadora de la Iglesia.

Pablo VI, ante la riqueza y al mismo tiempo la vulnerabilidad de la piedad popular, convoca a los obispos y a toda la Iglesia a ser sensibles en relación a ella, saber darse cuenta de sus dimensiones interiores y de sus innegables valores, estar dispuestos a ayudarla a superar sus peligros y limitaciones, a través de seguras orientaciones, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, pues así, puede posibilitar cada vez más, en las masas populares, un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo (Cf. EN 48).

Juan Pablo II piensa que la piedad popular es uno de los muchos caminos que existen en la Iglesia, tanto para la santificación personal de los fieles cristianos, como para anunciar el Evangelio a los otros, siempre que se den las exigencias referidas anteriormente.

Entre Medellín y Puebla se desarrolla, y después continúa, en la Iglesia Latinoamericana una reflexión abundante y promisoriosa teniendo como paradigma la Revelación conjugada con la realidad concreta del pueblo: la Teología de la Liberación. Con sus aportes, poco a poco, se supera la comprensión de la religiosidad popular como “opio del pueblo”, como alienación social, y se pasó a buscar su sentido y su valor como resistencia a la opresión reinante, convirtiéndose así “muchas veces en un clamor para la verdadera liberación”²⁰.

Esto ayudó a Puebla a hacer una evaluación bastante positiva sobre la religiosidad / piedad popular, algo mucho más avanzada que Medellín y *Evangelii Nuntiandi*.

²⁰ DP 452.

Puebla entiende “por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”²¹.

Puebla en la perspectiva de Evangelii Nuntiandi, también expresa la necesidad de una continua y renovada evangelización de la religión del pueblo y de toda la Iglesia, reconociendo que el proceso de “purificación”, de conversión, concierne a toda la Iglesia y que este catolicismo popular, combatido por muchos al interior de la Iglesia y muchas veces relegado a una cierta clandestinidad, debe ser asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio²². Por lo tanto se requiere, inserción y un conocimiento de los símbolos, del lenguaje silencioso, no verbal del pueblo; exige sobre todo, amor y aproximación, prudencia y firmeza, constancia y audacia para educar esa preciosa fe, algunas veces tan debilitada²³.

Lo más significativo en Puebla es que, además de reconocer, que la religión del pueblo es vivida preferentemente por los “pobres y sencillos” (EN 48), abarca también todos los sectores sociales y a veces, es uno de los pocos vínculos que reúne a los hombres en nuestras naciones políticamente tan divididas²⁴, ellos (los pobres y sencillos) no son vistos sólo como meros destinatarios de la evangelización, sino como participantes del proceso, reconocidos como “fuerza activamente evangelizadora”²⁵, protagonistas de su propia historia y de la transformación de estructuras; puede comenzar con ellos y desarrollarse desde su propia cultura²⁶. Sin embargo, insiste en la opción decidida de la Iglesia por estos amplios sectores sociales, en el ámbito de la piedad popular, que tiene la capacidad de congregarse multitudes, sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado

²¹ DP 444.

²² Cf. DP 457.

²³ Cf. DP 458.

²⁴ Cf. DP 447.

²⁵ DP 396.

²⁶ Cf. LYDON, Juan J., op. cit. p.544.

a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes o abandonadas ‘como ovejas sin pastor’ y repite con frecuencia su palabra: “tengo compasión de la muchedumbre” (Mt 9,35) (EN 57, P. 449). La opción preferencial por los pobres no puede ser completa si hay desprecio por su cultura y sus expresiones de fe. Si hay una opción por los pobres, tiene que incluir como dimensión esencial una apreciación por su cultura y las formas culturales con que ellos expresan su fe²⁷.

La Conferencia de Santo Domingo, hace un rescate de la historia, valorando las “semillas del Verbo”, presentes en el hondo sentido religioso de las culturas precolombinas, que ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos como la apertura a la acción de Dios, el sentido de la gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultra-terrena y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana. Esta religiosidad natural predisponía a los indígenas americanos a una más pronta recepción del Evangelio²⁸. El fruto del encuentro del catolicismo ibérico con las culturas americanas fue un rico mestizaje, hoy muy perceptible en las múltiples formas de religiosidad popular.

La novedad de Santo Domingo consiste en clasificar la religiosidad popular como una expresión privilegiada de inculturación de la fe, no solo a nivel de expresiones religiosas sino también de valores, criterios, conductas y actitudes. Juan Pablo II, en su discurso inaugural, presenta la Virgen de Guadalupe como “modelo de inculturación”. Ante las dificultades y resistencias en relación con la religiosidad popular, los Obispos insisten en que “es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos, para que purificadas de sus posibles

²⁷ Idem. p. 545.

²⁸ SD 17.

limitaciones y desviaciones lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras Iglesias locales y en su acción pastoral.

Cuando el Documento habla de la promoción de la liturgia en su total fidelidad al espíritu del Concilio recomienda una especial atención a la valorización de la piedad popular, que encuentra su expresión especialmente en la devoción a la Santísima Virgen, las peregrinaciones a los santuarios y en las fiestas religiosas iluminadas por la “Palabra de Dios”. Además de la preocupación con la “purificación” de los elementos ajenos a la auténtica fe cristiana que no siempre lleva a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado, hay la preocupación con el secularismo que puede imponerse fuertemente en nuestro pueblo latinoamericano lo que hace más difícil la inculturación del Evangelio²⁹.

Aparecida, en una perspectiva más propositiva, haciéndose eco de la alegría, de la esperanza, como antídotos frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio, y como portadora de buenas noticias para la humanidad y no profeta de desventuras³⁰, rescata y pone en evidencia los innumerables aspectos positivos de la piedad popular. El párrafo que introduce el tema de “la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo”, hace un listado de las expresiones más felices del Santo Padre y del magisterio de la Iglesia sobre la piedad popular³¹.

La visión más positiva de la piedad popular es el reconocimiento de la acción libre del Espíritu que sopla donde y como quiere y de la acción gratuita del amor de Dios, y la consecuente docilidad a él poniendo toda la Iglesia en actitud discipular. El discípulo misionero tiene que ser “sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables”³², y ver también en ella un “imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda”³³.

²⁹ Cf. SD 53.

³⁰ Cf. DA 29 y 30.

³¹ DA 258. (Cfr. introducción).

³² EN 48.

³³ Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, n° 64.

Ante los que devalúan la espiritualidad popular, la consideran un modo secundario de la vida cristiana, la relegan al mundo del sincretismo y aún de la clandestinidad herética, Aparecida la presenta como “una legítima manera de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misionera, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”³⁴. Es una espiritualidad que no solo penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel, sino también se vive en una multitud, sin ser una “espiritualidad de masas”³⁵. Es una espiritualidad que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no per eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera³⁶.

Más que en las otras Conferencias, los participantes de la conferencia de Aparecida, seguramente influenciados por la experiencia cotidiana de vivir la belleza, la pureza y la ternura de la piedad popular con los peregrinos devotos de Nuestra Señora Aparecida, expresaran una sensibilidad profunda por todas las formas de expresión popular de la fe, sobre todo en la devoción Mariana, a la cual dedica siete números (266-272), y las peregrinaciones a los santuarios, “donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino”. El santuario es como una vitrina que muchas veces condiciona los comportamientos religiosos y humanos posteriores. Cuando los santuarios proporcionan al pueblo alimento religioso, el encuentro profundo y significativo con Jesucristo, los cristianos “ocasionales” encuentran las razones de su fe y se insertan afectiva y efectivamente en sus comunidades de base. En los santuarios, muchos peregrinos toman decisiones que marcan sus vidas. Esas paredes contienen muchas historias de conversión, de perdón y de dones recibidos, que millones podrían contar³⁷.

Conversión pastoral

El paradigma de la conversión pastoral es, por excelencia, la práctica, la pedagogía de Jesús; es “imitarlo” como lo recomienda San

³⁴ DA 264.

³⁵ Cf. DA 261.

³⁶ Cf. DA 263.

³⁷ DA 260.

Pablo: “*Sed mis imitadores, como lo soy yo de Cristo*” (1Cor 11,1), o como aconseja a los Romanos: “no sigan la corriente del mundo en que vivimos, más bien transfórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto” (Rm 12,2); por eso insiste el documento de Aparecida: tenemos que “recomenzar desde Cristo” (DA 12).

La conversión pastoral de la Iglesia, además de tener como paradigma fundamental la vida, la práctica, la pedagogía de Jesús, debe ser coherente con el Concilio, nuevo Pentecostés en la vida de la Iglesia, una conversión hacia adelante empujada por el Espíritu Santo y no una vuelta al pasado, a una espiritualidad y una eclesiología contrarias al Espíritu del Vaticano II. Esta conversión “*lo toca todo y a todos: en la conciencia, en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y autoridad; con estructuras y dinanismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal*” (SD 30).

La conversión es un proceso permanente de todos los miembros de la Iglesia para que, por la fuerza del Espíritu, y adecuándose a la voluntad de Dios, busquen vivir intensamente la compasión, la misericordia (Lc 6,36) como camino de perfección (Mt 5,48) y de santidad. La conversión, “*consiste, por tanto, en la permanente purificación a la cual debe someterse la Iglesia, tanto en la cabeza como en sus miembros, aunque ella, en sí misma es hermosa*”³⁸.

Contradiendo una mentalidad bastante común en la historia, en la que se atribuía la necesidad de conversión más al pueblo, a los laicos y laicas, los Obispos, participantes del Sínodo *La Iglesia en América*, haciendo un buen propósito, reconocen que “*esta conversión exige especialmente de nosotros Obispos una auténtica identificación con el estilo personal de Jesucristo, que nos lleva a la sencillez, a la pobreza, a la cercanía, a la carencia de ventajas, para que, como Él, sin colocar nuestra confianza en los medios humanos, saquemos de la fuerza del Espíritu, y de la palabra, toda la eficacia*”

³⁸ Saranyana Josep Ignasi – *Ecclesia Semper reformanda* – XXXII semana de estudios medievales – Separata. Pamplona 2006. Citado por Mons. Guillermo Melguizo Yepes. *La conversión pastoral de la Iglesia*. In Revista Medellín, vol. XXXIV – n° 134 / Junio de 2008, p. 231.



del Evangelio, permaneciendo primariamente abiertos a aquellos que están lejanos y excluidos (Propositio 26). Para ser pastores según el corazón de Dios (cf. Jr 3,15), es indispensable asumir un modo de vivir que nos asemeje a aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10,11). Esta sencillez y pobreza, esta cercanía y apertura a los lejanos y excluidos, en muchas situaciones puede referirse a un alto porcentaje del pueblo cristiano que vive y expresa su fe, su religiosidad, su piedad de una forma sencilla y popular.

Conversión de la piedad popular

La imperfección y la debilidad humana se expresa también en la imperfección en su relación con la divinidad, en su culto rendido a Dios. El único culto perfecto fue el de Jesucristo. Por eso, la religiosidad, la piedad popular, como todas las expresiones culturales, no están exentas de esta verdad.

Cristo vino a redimir todas las cosas, incluso las relaciones entre lo humano y lo divino, el culto a Dios; por eso se insertó, se inculturó en medio al pueblo sencillo y pobre de Galilea, que por la oficialidad judía era acusado de impuro, sincrético, infiel a la ley y a las tradiciones. Cristo no canonizó ni condenó las formas populares de expresar su fe, sino que a partir del diálogo, propuso un culto nuevo “en espíritu y verdad”.

Hay en la historia pasada y reciente de la Iglesia muchas críticas infundadas hacia ciertos modos sencillos de expresar la fe. Pero, desde el Concilio Vaticano II, hay el reconocimiento y la insistencia de que, desde el magisterio de la Iglesia, la piedad popular ya no debe ser vista en principio con rechazo, con miedo, con precaución, sí con discernimiento, pero siempre con una gran simpatía por parte de los teólogos y por parte de los pastores de la Iglesia en la pastoral ordinaria del pueblo de Dios. “La Piedad Popular no puede ser ignorada ni tratada con indiferencia o desprecio, porque es rica en valores, y ya de por sí expresa la actitud religiosa ante Dios. Pero tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe, que expresa, sea un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto los piadosos ejercicios del pueblo cristiano, como otras formas de devoción, se aceptan y se recomiendan a condición de que no substituyan las celebraciones

litúrgicas ni se mezclen en ellas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificarlas y orientarlas hacia la liturgia como ofrenda de los pueblos”³⁹.

En general, los peligros de la piedad popular apuntados por el magisterio, que necesitan de “purificación” y “recta” orientación, son: ausencia o escasez de los elementos esenciales de la fe cristiana; desequilibrio entre culto de los Santos y conciencia de la absoluta primacía debida a Cristo; imperceptible contacto con la Sagrada Escritura; aislamiento de la economía sacramental; separación entre gestos de piedad y compromiso de vida; concepción utilitarista de la piedad; degradación de los gestos de piedad en espectacularidad, inducción a la superstición, magia y fatalismo⁴⁰. Aparecida no niega estas limitaciones, pero prefiere expresar un aprecio mucho más profundo a los valores y aspectos positivos, edificantes de la piedad popular; y la palabra “purificar” casi no aparece, y cuando afirma que hay que evangelizarla o purificarla, no quiere decir que esté privada de riqueza evangélica. El documento recomienda una identificación cada vez mayor con María, los santos y santas, procurando un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, sobre todo, en la celebración dominical de la Eucaristía, que tendrá como fruto un servicio de amor solidario más eficaz⁴¹.

Evangelizar la piedad popular significa ayudarla a expresar y conservar los preciosos e innumerables valores que posee, teniendo presente al mismo tiempo también sus límites “positivos”, es decir, el estilo sencillo, al acentuar el misterio cristiano sin pretensión de totalidad, que hay que conservar en la piedad popular so pena de su transformación en lo que no es, de la confusión de funciones, de su desnaturalización. Luego hay unos límites “negativos”, que en cambio está llamada a superar, como la escasa referencia a la Escritura, el carácter imperceptible de la fe católica, al agotarse en sí misma sin disponer para la liturgia, el darse sus propias normas sin armonizarse con la oración litúrgica.

³⁹ Juan Pablo II, Carta apostólica *Vicesimus Quintus Annus* (4.12.1988).

⁴⁰ MAGGIONI, Corrado, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia – itinerarios de lectura*. In Cuadernos PHASE, n° 134, mayo 2003, p.14.

⁴¹ Cf. DA 262.



Conversión hacia la piedad popular

La religiosidad popular es algo que no sólo exige discernimiento, sino que ella misma es eje de discernimiento para la evolución de distintos modos de la vida auténtica de la Iglesia. Los pastores y teólogos están llamados a “purificar” la religiosidad popular, a condición que ellos mismos se dejen “purificar”, a su vez por la religiosidad popular.

Las primeras invitaciones y exigencias vienen del propio magisterio eclesial.

La primera voz magisterial que se levanta es la de Papa Pio XII, a través de la encíclica *Mediator Dei*, tomando la defensa de los “ejercicios espirituales”, ante la discriminación y los prejuicios de los que defendían las formas populares de expresar su fe, o las expresiones “menos ricas” y que despreciativamente eran calificados de “liturgistas” al margen de la herejía. Después viene el Vaticano II, que recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia.

La Conferencia de Medellín, que es más incisiva, recomienda incorporar al orden de la fe los diversos elementos religiosos y humanos que se encuentran en la piedad popular, pide que se realicen estudios sistemáticos sobre la religiosidad y sus manifestaciones, y que impregnen estas manifestaciones populares como romerías, peregrinaciones, devociones diversas, de la palabra evangélica, y que los santos y santas sean presentados como modelos de vida de imitación de Cristo.

Puebla recomienda a los Obispos que las diversas formas de piedad popular sean estudiadas con criterios teológicos y pastorales para descubrir su potencial evangelizador, pues la piedad popular conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino. Puebla pide que los agentes de pastoral traten de recuperar los valores evangelizadores de la piedad popular, en sus diversas manifestaciones personales y masivas, empleándola

como punto de partida para lograr que la fe del pueblo alcance la madurez y profundidad, por lo cual dicha piedad popular debe basarse en la Palabra de Dios y en el sentido de pertenencia a la Iglesia y de compromiso cristiano con el mundo.

Santo Domingo apunta hacia los valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural e insiste en el propósito de hacer esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir, vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos.

Presentada en Aparecida como “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina”, la piedad popular se hace presente en todos los sectores sociales y merece nuestro respeto y cariño pues es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda. Por eso, el discípulo misionero tiene que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables. Un contacto más directo con la Biblia, una participación mayor en los sacramentos sobre todo en la Eucaristía aprovechará más el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra esta mística popular.

La conversión exige un cambio de postura en relación a la piedad popular. Primeramente, exige pasar de una concepción y práctica “monárquica” del ejercicio de la autoridad al interior de la Iglesia a una postura de cercanía, de sencillez, de escucha, de misericordia, de servicio. Antes que proponer el evangelio, hay que ir al encuentro, preguntar y escuchar para conocer dónde se encuentran, qué sienten, cómo piensan, cómo viven y qué interrogantes preocupan a los destinatarios, abrir canales de diálogo y disponerse a aprender de ellos pues los que normalmente son considerados los más “ignorantes” e “iletrados” de este mundo poseen la *sabiduría* sobrenatural, la *sabiduría cristiana*, que no es meramente *enseñada*, sino que es transmitida por *infusión* de Espíritu Santo que introduce a los fieles propiamente en la vida mística que está íntimamente ligada a la virtud de la caridad⁴².

⁴² Cf. SEIBOLD, P. Jorge, *La mística popular: misterio divino y compromiso humano – Un nuevo desafío pastoral para la V Conferencia Episcopal de Aparecida*. In *Boletín del CELAM*, N° 314, Diciembre – 2006, p. 69

Si el Obispo, el sacerdote, es sencillo, religioso, fraterno, si no es un burócrata de los sacramentos, realmente la gente puede lograr una imagen de lo sagrado. Una imagen, ni mágica, ni neurótica, pero tampoco secularizada ni arrespetuosa hacia el misterio. El sacerdote debe ser el primero que cree en la santidad del lugar, cree que la imagen de la Virgen es un signo sagrado, un ícono. Todo este comportamiento frente a lo sagrado, frente a lo fraterno, frente a lo esencial, frente al pobre, es muy importante.

En Aparecida los Obispos reconocen que se requiere un estilo de vida más fiel a la verdad y a la caridad, más sencillo, austero, solidario, con más valentía, persistencia y docilidad a la gracia, para proseguir, fiel a la Iglesia de siempre, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, impulsada por las anteriores Conferencias Generales para asegurar el rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia⁴³.

Se insiste en crear en la Iglesia, un ambiente de calidez y piedad, oración y confianza, contemplación y diálogo, conversión, libertad y solidaridad evangélica, teniendo el coraje profético de abandonar estructuras caducas o el estructuralismo rigorista que no favorecen la transmisión de la fe y el encuentro profundo y significativo con Cristo. Dejarse conducir por la libertad liberadora de Jesucristo que invita a los cansados y agobiados, que gimen bajo el peso de una carga pesada de preceptos y normas, a ir donde Él, el Mesías, para encontrar reposo (Mt 11,28-29). Él, ante la casuística de lo lícito o de lo ilícito manifiesta la exigencia de hacer el bien, de salvar, de liberar (Lc 13,16).

Conversión pastoral es pasar de una Iglesia acentuadamente clericalista, institucional a una Iglesia comunidad, pueblo de Dios. Es necesario insistir que laicos y laicas vayan de la pasividad a la actividad, del conformismo a la libertad activa, y esta no se obtiene por las estructuras y los ritos, sino a través de la profundización y la pertenencia a la persona de Jesús, hombre libre y profeta de la libertad, que se manifiesta en la capacidad de humanizar, que es la vía de la verdadera divinización. Se trata de dar a los laicos y laicas, libertad, es decir la autonomía, el protagonismo y la creatividad que pretendió el Vaticano II (LG 35)⁴⁴.

⁴³ Cf. DA 100h.

⁴⁴ Cf. GÁLVEZ A., P. Luis Alberto, *La conversión pastoral: un llamado a vivir en libertad y comunión*. In Revista Medellín, N° 134 / Junio 2008, p. 270s.



Es necesario tener en cuenta que una de las características fundamentales de la mística popular Latinoamericana y Caribeña es su propensión a situar sus relaciones personales con Dios en términos semejantes a como nuestro pueblo fiel vive sus relaciones familiares y sociales. De ahí la importancia que tiene en su vida todo lo que se refiere a las relaciones, los vínculos, los afectos, que unen a los seres humanos entre sí y la importancia capital que tiene la familia, como elemento básico de socialización. De ahí que en ambientes populares se conciba la relación con lo Divino más en términos *familiares*, expresados en mística de amor, calidez y cercanía. Es peculiaridad de nuestro pueblo fiel vivir con intensidad las relaciones familiares que lo predisponen también a identificarse de un modo muy particular con los Misterios de la humanidad de Cristo⁴⁵.

La conversión exige un cambio de lenguaje, que sólo es posible explorando juegos de lenguajes fuera del ámbito científico y formal: la poesía, el símbolo, la parábola, el gesto, la exhortación y el silencio. El lenguaje de la fe es distinto del lenguaje científico, no es un lenguaje enunciativo. El lenguaje religioso aparece como un intento desesperado de ir más allá del lenguaje corriente de la razón... se relaciona directamente con el sentido último de la existencia y por ello debe ser parabólico y simbólico. La moralización o legalización de dicho lenguaje constituye una erosión extraordinaria de su riqueza semántica.

La conversión, se comprueba en sus repercusiones en la vida concreta del pueblo, en la sanación de todas las rupturas y los desórdenes (todas las heridas sociales) que hacen sufrir hoy día a la humanidad y a la misma comunidad eclesial. Cuando a ejemplo de Cristo, los cristianos tengan como prioridad absoluta la Vida de la persona humana; cuando, como cristianos siendo sal y fermento, contribuyan con la instauración del Reino de Dios, pues es en la relación del amor al prójimo donde la "mística de los humildes" alcanza su completa certificación. Esta "mística social y solidaria", que tiene en las *Bienaventuranzas del Reino* su más permanente y universal inspiración.

⁴⁵ Cf. SEIBOLD, P. Jorge, op. cit. p. 73.



La religión tiene un papel relevante que cumplir: a partir de una Iglesia como red de comunidades, a través del enriquecimiento y fecundación mutua entre piedad popular y liturgia, movida y conducida por una espiritualidad misionera, puede salvaguardar los valores religiosos y enfrentar valientemente una sociedad sin alma y sin amor.